

CAPÍTULO VII

Campaña del Argona. — Planes militares de Dumouriez. — Toma del campamento de Grand Pré por los prusianos. — Victoria de Valmy. — Retirada de los coligados. — Rumores acerca de las causas de esta retirada

Según hemos visto ya, Dumouriez había celebrado un consejo de guerra en Sedán, donde Dillón propuso retirarse á Chalóns, para tener á nuestro frente el Marne y defender su paso. La desorganización de los veintitrés mil hombres que se habían dejado á Dumouriez, la imposibilidad en que se hallaban de resistir á ochenta mil prusianos, perfectamente disciplinados y aguerridos, y el proyecto que se atribuía al enemigo de efectuar una rápida invasión, sin detenerse en las plazas fuertes, fueron los motivos que indujeron á Dillón á creer que no se podría cerrar el paso á los prusianos, y que era preciso retirarse ante ellos para buscar posiciones más fuertes, supliendo así á las escasas fuerzas y al mal estado de nuestro ejército. El consejo se penetró de tal modo de estas razones, que se adhirió unánimemente al parecer de Dillón; y Dumouriez, á quien correspondía resolver como general en jefe, contestó que reflexionaría.

En la tarde del 28 de agosto se tomó una resolución que salvó á Francia: varios se disputan la gloria de haberla adoptado; pero todo prueba que fué debida á Dumouriez.

Por lo demás, la ejecución era suya, y sólo en él debe recaer todo el triunfo. Como ya sabemos, Francia está defendida en el Este por el Rin y los Vosgos, en el Norte por una serie de plazas fuertes debidas al genio de Vaubán, y por el Mosa, el Mosela y otras diversas corrientes que, combinándose con dichas plazas, constituyen un conjunto de obstáculos suficientes para proteger estas fronteras. El enemigo había penetrado en Francia por el Norte, y dirigido su marcha por entre Sedán y Metz, dejando al duque de Sajonia-Teschen el ataque de las plazas fuertes de los Países Bajos, y cubriendo con un cuerpo de tropas á Metz y la Lorena. Según este proyecto, hubiera sido preciso marchar rápidamente, aprovecharse de la desorganización de los franceses, atemorizarlos con golpes decisivos, y hasta apoderarse de los veintitrés mil hombres de Lafayette antes que un nuevo general los hubiera organizado, infundiéndoles confianza; pero la lucha entre la presunción del rey de Prusia y la prudencia de Brunswick entorpecía toda resolución, impidiendo á los coligados que tuvieran verdadera audacia ó prudencia. La toma de Verdún excitó más todavía la vanidad de Federico Guillermo y el ardimiento de los emigrados, pero sin contribuir á que fuese mayor la actividad de Brunswick, quien no aprobaba de ningún modo la invasión con los medios de que disponía y con las disposiciones del país invadido. Después de la toma de Verdún, en 2 de septiembre, el ejército coligado se extendió durante varios

días por las llanuras que bordean el Mosa, limitándose á ocupar á Stenay, y sin dar un solo paso hacia adelante. Dumouriez se hallaba en Sedán, y su ejército acampaba en sus alrededores.

Desde Sedán á Passavant se extiende una selva cuyo nombre debe ser para siempre célebre en los anales de nuestra historia; es la del Argona, que ocupa un espacio de trece á quince leguas, y que por las desigualdades del terreno y la alternativa de los bosques y las aguas es del todo impenetrable para un ejército, excepto en algunos pasos principales.

Por esta selva debía penetrar el enemigo para dirigirse á Chalóns y tomar después el camino de París. Con semejante proyecto, parece extraño que no hubiera pensado aún en ocupar los principales pasos, adelantándose á Dumouriez, que en su posición de Sedán estaba alejado de toda la línea de la selva. Durante la noche que siguió al consejo de guerra, el general francés examinaba el mapa con un oficial en cuyo talento tenía gran confianza, y que no era otro sino Thouvenot. Señalándole con el dedo el Argona y los espacios que le atravesaban, exclamó: «Esas son las Termópilas de Francia; si llego á este punto antes que los prusianos, todo se habrá salvado.»

Estas palabras inflamaron el genio de Thouvenot, y ambos comenzaron á trazar su grandioso plan, cuyas ventajas eran inmensas, pues además de no retroceder ni reducirse al Marne por última línea defensiva, se hacía perder al enemigo un tiempo precioso, obligándole á permanecer en Champaña, cuyo suelo asolado, fangoso y estéril no podía bastar para el mantenimiento de un ejército. No se dejaba á su disposición, como hubiera sucedido por la retirada á Chalóns, el país de los tres Obispados, tan rico como fértil, donde hubiera podido invernar muy bien, aun suponiendo que no hubiese podido forzar el paso del Marne. Si después de haber perdido los prusianos algún tiempo delante del bosque trataban de dar la vuelta y dirigirse hacia Sedán, encontrarían á su paso las plazas fuertes de los Países Bajos, que no era de suponer cayesen en sus manos. Si remontaban hacia la otra extremidad del bosque se encontrarían con Metz y el ejército del Centro; entonces se les perseguiría, y reuniéndose este ejército con el de Kéllermann, se podía formar una fuerza de cincuenta mil hombres, apoyada en Metz y diversas plazas fuertes. De todos modos se inutilizaría su marcha, haciéndole perder aquella campaña, porque era llegado ya el mes de septiembre, y en esta época invernan todavía los ejércitos. El proyecto era excelente, pero era necesario

ponerlo en ejecución; y los prusianos alineados á lo largo del Argona, mientras que Dumouriez se hallaba en una de sus extremidades, podían haber ocupado los pasos. Así, pues, el éxito de este gran proyecto y la salvación de Francia dependían de una casualidad y de una falta del enemigo.

Cruzaban el Argona cinco desfiladeros llamados del Chêne Populeux, de la Croix-aux-Bois, de Grand-Pré, de la Chalade y de las Isletas. Los más importantes eran los de Grand-Pré y los de las Isletas, y por desgracia estaban más distantes de Sedán y más próximos al enemigo. Dumouriez resolvió ocuparlos con todo su ejército, y mandó al propio tiempo al general Dubouquet que abandonase el departamento del Norte para ir á ocupar el paso de Chêne-Populeux que era muy importante, pero cuya ocupación no parecía tan urgente, por hallarse muy próximo á Sedán. Dos caminos se ofrecían á Dumouriez para dirigirse al Grand-Pré y á las Isletas: el uno situado detrás del bosque, el otro por delante y frente al enemigo; el primero era más seguro, aunque más largo, y permitía al enemigo reconocer nuestros planes, dándole tiempo de prevenirse; el segundo era más corto, pero descubría también nuestro objeto, exponiéndonos durante la marcha á los ataques de un formidable ejército. Hacíase preciso avanzar á lo largo de los bosques, pasando por delante de Stenay, donde se hallaba Clerfayt con sus austriacos. Dumouriez prefirió, no obstante, esto último, concibiendo el plan más atrevido, pues pensó que, atendida la imprudencia de los austriacos, el general no dejaría de atrincherarse en el excelente campamento de Brouenne al ver á los franceses, y que entretanto podían éstos escapar para dirigirse al Grand-Pré y á las Isletas.

En efecto, el 30 se pone Dillón en movimiento; avanza con ocho mil hombres en dirección á Stenay, marchando entre el Mosa y el Argona, y encuentra á Clerfayt, que ocupaba las dos orillas del río con veinticinco mil austriacos. El general Miaczinski ataca con mil quinientos hombres las avanzadas de Clerfayt, mientras que Dillón, situado detrás, se adelanta á proteger el movimiento con todas sus fuerzas; empuñase un fuego muy vivo, y Clerfayt, repasando al punto el Mosa, marcha á situarse en Brouenne, como lo había previsto felizmente Dumouriez. Entretanto continúa Dillón atrevidamente su camino entre el Mosa y el Argona; Dumouriez le sigue acto continuo con los quince mil hombres que constituyen su ejército, y avanzan ambos hacia los puntos propuestos. El 2 de septiembre se hallaba Dumouriez en Bessú, y sólo le faltaba una jornada para llegar á Grand-Pré; Dillón estaba el mismo día en Pierremont, aproximándose siempre á las Isletas con la mayor audacia. Felizmente para este jefe, el general Galbaud, enviado para reforzar la guarnición de Verdún, llegó demasiado tarde, y fué á replegarse en las Isletas, que estaban tomadas de antemano. Dillón llega el 4 con sus ocho mil hombres, ocupa este punto, y también la Chalade, otro paso secundario que debía custodiar. Al mismo tiempo llega Dumouriez á Grand-Pré, encuentra la posición desocupada y se posesiona de ella el 3; de modo que el 3 y el 4 quedaron ocupados los pasos por nuestras tropas, y muy adelantada la salvación de Francia.

Por esta atrevida marcha, tan meritoria al menos

como la idea de ocupar el Argona, se puso Dumouriez en estado de contrarrestar la invasión; pero no era esto todo: se debían hacer inexpugnables estos pasos, y para ello faltaba adoptar muchas disposiciones, cuyo éxito dependía de otras tantas eventualidades.

Dillón se atrincheró en las Isletas; hizo desmontes, levantó excelentes parapetos, y distribuyendo hábilmente la artillería francesa, que era numerosa y muy buena, situó baterías de modo que fuera el paso inaccesible. Al mismo tiempo ocupó la Chalade, haciéndose así dueño de los dos caminos que conducen á Sainte-Menehould y desde aquí á Chalóns. Dumouriez se estableció en Grand-Pré, en un campamento que por la naturaleza y el arte había llegado á ser formidable; varias alturas en forma de anfiteatro eran el terreno ocupado por el ejército, y al pie de ellas extendíanse vastas praderas; por delante de las cuales se deslizaba el Aire, constituyendo la cabeza del campamento. En los dos puentes echados sobre dicho río se situaron dos fuertes vanguardias, que en caso de ataque debían retirarse quemando aquéllos. Después de haber desalojado al enemigo estas tropas, debía efectuar el paso del Aire sin el auxilio de los puentes, sufriendo el fuego de toda nuestra artillería, y una vez franqueado el río, érale preciso atravesar una explanada de praderas, donde se cruzarían mil fuegos, para apoderarse al fin de atrincheramientos escarpados, casi inaccesibles. En el caso de ser vencidos todos estos obstáculos, Dumouriez se retiraría de las alturas que ocupaba, bajando por las faldas, cruzaría el Aisne, otra corriente que se halla al pie, y franqueando dos puentes que destruiría al paso, podía interponer otro río entre él y los prusianos. Aquel campamento debía considerarse como inexpugnable, y el general francés se hallaba en él suficientemente seguro para ocuparse con tranquilidad y detención de todo el teatro de la guerra.

El general Dubouquet ocupó el 7 con seis mil hombres el paso de Chêne-Populeux; de modo que no quedaba ya libre sino el mucho menos importante de Croix-aux-Bois, situado entre aquél y el Grand-Pré. Después de haber cortado el camino y los árboles, Dumouriez situó allí dos batallones y dos escuadrones al mando de un coronel; colocado en el centro del bosque, y en un campamento inexpugnable, defendía el paso principal con quince mil hombres; tenía á su derecha, á cuatro leguas de distancia, al general Dillón, que guardaba las Isletas y la Chalade con ocho mil; á su izquierda á Dubouquet, que defendía el Chêne-Populeux con seis mil, y en el espacio comprendido entre este último punto y Grand-Pré, un coronel que vigilaba con algunas compañías el camino de Croix-aux-Bois, que se creyó de importancia secundaria.

Establecida así la defensa, Dumouriez tenía tiempo para esperar los refuerzos, y apresuróse á dar órdenes para que fueran á buscarlos. Encargó á Beurnonville que abandonara la frontera de los Países Bajos, donde el duque de Sajonia-Teschen no intentaba nada importante, y que estuviera en Rethel el 13 de septiembre con diez mil hombres.

Designó á Chalóns para depósito de víveres y municiones, y para punto de reunión de los reclutas y refuerzos que se le enviaran, reuniendo de este modo detrás de sí todos los medios con que oponer suficiente resis-

tencia. Al mismo tiempo escribió al poder ejecutivo para manifestarle que había ocupado el Argona. «Grand-Pré y las Isletas, decía, son nuestras Termópilas, pero seré más feliz que Leónidas.»

El general pedía que se destacasen algunos regimientos del ejército del Rhin, que no estaba amenazado, y que se agregaran al ejército del Centro, confiado en adelante á Kéllermann. El proyecto de los prusianos era evidentemente marchar sobre París, pues cubrían á Montmedy y Thionville sin detenerse; y por lo tanto quería Dumouriez que se mandase á Kéllermann costear su izquierda por Ligny y Bar-le-Duc, á fin de atacarlos de flanco y de retaguardia durante su marcha ofensiva. Según todas estas disposiciones, si los prusianos renunciaban á forzar el paso del Argona, remontando por más arriba, Dumouriez llegaba antes á Revigny, donde hallaba á Kéllermann, que llegaría de Metz, con el ejército del Centro. Si bajaban hacia Sedán, Dumouriez les seguiría también, encontraría allí los diez mil hombres de Beurnonville, y esperaba á Kéllermann en las orillas del Aisne; y en ambos casos, la reunión produciría un total de sesenta mil hombres capaces de presentar batalla en campo raso.

El poder ejecutivo no olvidó nada para secundar á Dumouriez en sus excelentes disposiciones. Aunque Serván, ministro de la Guerra, estaba enfermizo, no dejó de velar sin descanso por el abastecimiento de los ejércitos, el transporte de efectos y municiones y la reunión de quintos. Diariamente salían de París de mil quinientos á dos mil voluntarios; el deseo de ir á formar parte del ejército era general, y todos acudían á él presurosos. Las sociedades patrióticas, los consejos de los ayuntamientos y la Asamblea, veían desfilar continuamente compañías de voluntarios que marchaban hacia Chalóns, punto general de reunión. Nada faltaba á aquellos jóvenes soldados más que la disciplina y la costumbre de vivir en los campos de batalla, que no tenían aún, pero que podían adquirir muy pronto á las órdenes de un hábil general.

Los girondinos, enemigos personales de Dumouriez, tenían en él poca confianza desde que los había expulsado del ministerio; y hasta quisieron reemplazarle en el mando en jefe por un oficial llamado Grimoard; pero se reconciliaron con él cuando pareció tener en sus manos el destino de la patria. Roland, el mejor y más desinteresado de todos ellos, le escribió una carta conmovedora, para asegurarle que todo quedaba olvidado, y que sus amigos no deseaban otra cosa que celebrar sus victorias.

Dumouriez se había, pues, apoderado activamente de aquella frontera, constituyéndose en centro de grandes operaciones, hasta entonces muy lentas y aisladas. Había ocupado por fortuna los desfiladeros del Argona, tomando una posición que daba tiempo á los ejércitos para agruparse y organizarse detrás de él; mandaba que llegasen sucesivamente todos los cuerpos á fin de constituir un total de importancia; puso á Kéllermann en la precisión de ir á tomar sus órdenes; mandaba con energía, obrando con celeridad, y alentaba á sus soldados, presentándose en medio de ellos para inspirarles confianza y hacerles desear un próximo encuentro con el enemigo.

Era llegado el 10 de septiembre: los prusianos reco-

rrieron todos nuestros puntos escaramuzando delante de todos los atrincheramientos y siendo siempre rechazados. Dumouriez mantenía comunicaciones secretas con el interior de la selva, llevando á los puntos amenazados fuerzas inesperadas, que en opinión del enemigo duplicaban las verdaderas de nuestro ejército. El 11 se hizo una tentativa contra Grand-Pré; pero el general Miranda situado en Mortaume, y el general Sténgel en Saint-Jouvin, rechazaron todos los ataques con éxito. Los soldados, tranquilizados por la posición y actitud de sus jefes, saltaron en muchos puntos por encima de las trincheras, y anticiparon el encuentro con el enemigo atacándole á la bayoneta. Estos combates ocupaban al ejército, que carecía algunas veces de viveres á causa del desorden inevitable de un servicio improvisado; pero el buen humor del general, que no se cuidaba mejor que el último de sus subalternos, contribuía á que todos se resignasen, y á pesar de un principio de disentería hallábanse bastante bien en el campamento de Grand-Pré. Únicamente los jefes dudaban de la posibilidad de una larga resistencia, y el ministerio, que tampoco la creía fácil, hablaba ya de emprender la retirada detrás del Marne, asediando á Dumouriez con sus consejos. El general escribía enérgicas cartas á los ministros, imponiendo silencio á sus oficiales, á quienes decía que cuando necesitara pedir parecer convocaría consejo de guerra.

Es preciso que el hombre sufra los inconvenientes de sus cualidades: el genio demasiado vivo de Dumouriez debía impedirle con frecuencia reflexionar; en el calor de su concepción, dejó de calcular bien algunas veces los obstáculos materiales que se oponían á sus proyectos, en particular cuando ordenó á Lafayette que fuera desde Metz á Givet. Aun aquí incurrió en una falta, que á no ser por su enérgica voluntad y su sangre fría hubiera ocasionado la pérdida de la campaña. Entre Chêne-Populeux y Grand-Pré había, como ya hemos dicho, un paso que se consideró de escasa importancia, y que sólo estaba defendido por dos batallones y dos escuadrones. Ocupado en infinitos asuntos, Dumouriez no había ido á examinar aquel paso por sus propios ojos; y contando además con poca gente, creyó, con harta ligereza, que algunos centenares de hombres bastarían para guardarle. Para colmo de desgracia, el coronel que mandaba la fuerza le hizo creer que hasta se podría retirar parte de la tropa, y que cortando el camino, bastarían algunos voluntarios para guardarle. Dumouriez se dejó engañar por el coronel, antiguo militar á quien juzgaba digno de confianza.

Brunswick había hecho examinar entretanto nuestros diversos puntos, habiendo por un momento proyectado bajar la selva hasta Sedán, para dar la vuelta por este punto; y en este movimiento parece que los espías descubrieron el descuido del general francés. La Croix-aux-Bois fué atacada por austriacos y emigrados al mando del príncipe de Ligne, cuando no se habían cortado aún los árboles ni los caminos, y el paso quedó ocupado sin resistencia desde la mañana del 13. Apenas recibió Dumouriez tan funesta noticia, envió al general Chasot, hombre de gran intrepidez, con dos brigadas, seis escuadrones y cuatro piezas de á ocho, para ocupar de nuevo el paso desalojando á los austriacos, para lo cual debían cargar á la bayoneta con la mayor viveza

antes que el enemigo tuviera tiempo de atrincherarse. Pasó todo el día 13 y el 14 sin que el general pudiese ejecutar la orden; pero el 15 atacó al fin con vigor, rechazó al enemigo con pérdida de su jefe, el príncipe de Ligne, y tomó la posición. No obstante, atacado dos horas después él mismo por fuerzas muy superiores, y antes de que pudiera atrincherarse, rechazáronle á su vez, y quedó en poder del enemigo Croix-aux-Bois. Chasot tenía además cortado el paso de Grand-Pré, y no podía retirarse hacia el ejército principal, que con este motivo quedaba debilitado, y en su consecuencia se replegó al punto sobre Vouziers. El general Dubouquet, que mandaba en el Chêne-Populeux, y pudo resistir hasta entonces con éxito, viendo que estaba separado de Grand-Pré, pensó que no debía exponerse á quedar cercado por el enemigo, el cual iba á desembarcar en masa después de haber cortado la línea de Croix-aux-Bois. Resolvió, pues, levantar el campo y retirarse por Attigny y Somme Puis sobre Chalóns. De este modo se perdía el fruto de tan atrevidas combinaciones y felices casualidades; el único obstáculo que podía oponerse á la invasión, el Argona, quedaba franqueado, y abierto el camino de París.

Dumouriez, separado de Chasot y de Dubouquet, no contaba sino con quince mil hombres; y si el enemigo, desembocando rápidamente por Croix-aux-Bois, daba la vuelta á la posición de Grand-Pré é iba á ocupar los pasos del Aisne, que según hemos dicho tenía salida á la espalda del campamento, el general francés estaba perdido. Teniendo al frente cuarenta mil prusianos y veinticinco mil austriacos á retaguardia, cercados sus quince mil hombres por sesenta mil, y hallándose encerrado entre dos corrientes de agua y el bosque, no le quedaba más remedio que rendirse ó hacer matar inútilmente á sus soldados. El único ejército con que contaba entonces Francia era en aquel momento impotente, y los coligados podían emprender el camino de la capital.

En tan desesperada situación, lejos de desanimarse Dumouriez, conservó una admirable serenidad. Su primera diligencia fué ocuparse aquel mismo día en la retirada, pues lo más urgente era escapar de las horcas caudinas. Consideró que por su derecha hallaría á Dillón, dueño aún de las Isletas y del camino de Sainte-Menehould; que replegándose en él, podrían hacer los dos frente al enemigo, uno en las Isletas y el otro en Sainte-Menehould, ofreciendo así una doble línea atrincherada. Allí les sería dado esperar la unión de los dos generales Chasot y Dubouquet, separados del cuerpo de batalla; de Beurnonville, que llamado de Flandes, había recibido orden de estar el 13 en Rethel; y por último, de Kéllermann, quien no tardaría en llegar, puesto que hacía diez días que estaba en marcha. Este plan era el mejor y el más conforme con el sistema de Dumouriez, que consistía en no retroceder al interior hacia un país abierto, sino en mantenerse en un paraje escabroso y contemporizar hasta hallarse en situación de reunirse con el ejército del Centro. Si por el contrario se hubiera replegado sobre Chalóns, le perseguirían como fugitivo, emprendía con desventaja una retirada que hubiera podido efectuar más útilmente desde el principio, y sobre todo se ponía en la imposibilidad de reunirse con Kéllermann. Después de un contratiempo como el de Croix-aux-Bois, era gran osadía persistir en

su sistema, y necesitábase en aquel instante tanto genio como vigor para no ceder al repetido consejo de retirarse detrás del Marne. Sin embargo, ¡cuántas felices casualidades no eran necesarias para triunfar en una retirada tan difícil, tan vigilada, y emprendida con tan poca gente á presencia de un poderoso enemigo!

Dumouriez manda inmediatamente á Beurnonville, que ya se había dirigido á Rethel, que vaya á Sainte-Menehould, comunicando la misma orden á Chasot, de quien acaba de recibir satisfactorias noticias, y á Dubouquet, retirado en Attigny. Al mismo tiempo, manda de nuevo á Kéllermann que continúe su marcha, pues era de temer que, al saber este jefe la ocupación de los desfiladeros, tratara de regresar á Metz. Después de haber tomado todas estas disposiciones y de recibir á un oficial prusiano que se presentó á parlamentar, y á quien hizo ver el campamento en el mejor orden, mandó levantar tiendas á media noche y marchar en silencio hacia los dos puentes que daban salida al campamento de Grand-Pré. Por fortuna para el jefe francés, el enemigo no había pensado aún en penetrar por Croix-aux-Bois, ocupando las posiciones francesas. El cielo estaba tempestuoso, y ocultaba con sus sombras la retirada de su ejército; caminóse toda la noche por los caminos más malos, y las tropas, que felizmente no habían tenido tiempo de alarmarse, se retiraron sin conocer el motivo de aquel cambio de posición. Al día siguiente, 16, á las ocho de la mañana, todas las fuerzas habían cruzado el Aisne; Dumouriez acababa de escapar, y deteníase presentando batalla en las alturas de Autry, á cuatro leguas de Grand-Pré. Como no le seguían, creyóse salvado, y avanzaba hacia Dammartin-sur-Hans, á fin de escoger un campamento para pasar el día, cuando de pronto divisa á varios fugitivos que llegan corriendo y gritando que todo estaba perdido, y que los prusianos, precipitándose sobre la retaguardia, habían derrotado al ejército. Dumouriez acude presuroso, y encuentra al peruano Miranda y al anciano general Duval conteniendo á los fugitivos, y rehaciendo con mucha firmeza las filas del ejército, sorprendiendo un momento por varios húsares prusianos. La inexperiencia de aquellos soldados jóvenes y el temor á la traición, que entonces dominaba en todos los ánimos, eran causa de frecuentes terrores pánicos. Todo se remedió, sin embargo, gracias á los tres generales Miranda, Duval y Sténgel, situados en la retaguardia, y se vivaqueó en Dammartin, con la esperanza de resguardarse muy pronto en las Isletas, terminando felizmente tan peligrosa retirada.

Hacia veinte horas que Dumouriez estaba á caballo, y se apeaba á las seis de la tarde, cuando de repente oye los gritos de *sálvese quien pueda*, acompañados de imprecaciones contra los generales traidores, y especialmente contra el general en jefe, que, según decían, acababa de pasarse al enemigo. La artillería había enganchado con intención de retirarse á una colina y reinaba la mayor confusión entre las tropas. El general manda encender grandes hogueras, disponiendo que se pase toda la noche en aquel sitio, donde estuvieron las tropas diez horas en medio de los pantanos y las tinieblas. Más de mil quinientos fugitivos, escapando por los campos, fueron á propalar en París y en toda Francia que el ejército del Norte, última esperanza de la nación, se había perdido y entregado al enemigo.